

Capitalismo en la era digital

Estamos abandonando el orden social neoliberal en el que hemos vivido los últimos años. Un periodo de más de cuatro décadas caracterizado por la globalización y un conjunto de políticas que han disparado la desigualdad global a unas cotas sin precedentes,¹ dislocado las instituciones que cohesionaban la sociedad y quebrado las bases naturales que sostienen la vida humana. Una etapa en la que las reformas de los mercados han traído como resultado un poder creciente para las grandes corporaciones y nuevos monopolios digitales. A partir de estos mimbres está emergiendo un nuevo orden fruto de la reestructuración que ha experimentado el capitalismo global tras la última crisis. En esa reestructuración adquieren un papel preponderante las tecnologías de la información.

Si el orden precedente ha venido marcado por el globalismo y las políticas neoliberales, el orden que está emergiendo se caracteriza por las finanzas y las tecnologías digitales. Nada de lo que configura el presente supone una radical novedad, pues todas las fuerzas mencionadas –globalización, neoliberalismo, financiarización o tecnologías de la información y la comunicación– han estado determinando la trayectoria

¹ Véase B. Milanovic, *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*, FCE, Ciudad de México, 2017.

reciente de la economía mundial.² Tampoco la ruptura metabólica que, desde la revolución industrial capitalista, marca los intercambios con la naturaleza. Lo novedoso es el peso que adquieren unas en relación con otras en la actualidad. Ahora asistimos a la inflexión del proceso globalizador a través de repliegues nacionales que ponen en cuestión el liberalismo cosmopolita de las últimas décadas, haciendo renacer pulsiones proteccionistas y guerras comerciales, que, en el plano político, tienen su traducción en la reclamación de más Estado soberano de la mano de populismos nacionalistas de uno u otro signo. Mientras crece el cuestionamiento a la globalización y al credo (neo)liberal, el poder financiero y tecnológico, sin embargo, adquiere nuevos vuelos, con unos impactos sociales y ambientales difíciles de desdénar.

Economía de los datos

La revolución que ha provocado la presencia masiva de las tecnologías de la información en nuestras vidas ha desplazado el eje de la acumulación capitalista. La dinámica económica depende cada vez menos de la intensidad del capital productivo y, en su lugar, adquiere mayor relevancia el capital financiero y la información. La conectividad convierte a cualquier persona en una fuente inagotable de datos. El registro de esos datos describe lo que hacemos, nos ubica a través de la geolocalización, desvela nuestros gustos y preferencias. El dato se ha convertido en insumo crucial de la actividad económica. Permite una oferta focalizada de bienes y servicios o una mayor individualización de los tratamientos médicos y de la oferta educativa. La personalización de los consumos de acuerdo a los gustos y las necesidades del consumidor conduce a una economía cada vez más centrada en el deseo. El caso más claro lo representan las plataformas digitales de entretenimiento en *streaming*: Netflix, por ejemplo, con más de 125 millones de suscriptores en 190 países ofrece globalmente los mismos contenidos, pero de manera diferenciada para cada usuario gracias a un algoritmo que selecciona los contenidos según los gustos del consumidor. Los mismos cambios se reflejan en los hábitos de consumo televisivo: “la tele en *streaming*” o “bajo demanda” permite que cada telespectador confeccione su propia parrilla. No hay que acostarse tarde o esperar a la próxima semana para ver un nuevo capítulo de la serie preferida. El consumidor lo disfruta cuándo, dónde y a través del dispositivo que le resulte más idóneo. Puede ser en el vagón del tren camino al trabajo. El consumo no está condicionado por un lugar o una hora. Todo está sujeto al deseo del consumidor.

Ahora bien, el capitalismo digital no se reduce a un sector de bienes de consumo tecnológico pensados básicamente para captar nuestra atención y entretenernos, ni al conjunto de

² Su carácter de fuerzas estructurantes está perfectamente analizado en A. Martínez González-Tablas, *Economía política mundial I. Las fuerzas estructurantes*, Ariel, Barcelona, 2007.

empresas –las llamadas “tecnológicas”– encargadas de producirlos. Es más bien una nueva forma de operar que incrusta las tecnologías de la información en todos los procesos y productos. Internet no ha transformado solo el modelo productivo; también las reglas del juego.

Nuevas reglas extractivas

Detrás de toda la parafernalia de modernidad que acompaña a cualquier innovación, la economía de datos está transformando las reglas económicas en un mero juego de apropiación del valor creado. Los programas y algoritmos que dan vida a las plataformas a las que se accede a través de una aplicación, han sido construidos sobre los supuestos del comportamiento racional de un sujeto que no solo busca su propio interés, sino que además desconfía de los demás.³ Las economías de plataforma crean una intermediación que extrae valor en lugar de crearlo. Uber o Cabify, por ejemplo, no incorporan procesos de creación de valor, sino mecanismos novedosos de extracción en beneficio de unas multinacionales tecnológicas en un sector hasta hace poco considerado inequívocamente como un servicio público. Las tecnologías de la información, al igual que vienen haciendo las finanzas desde hace tiempo, se han convertido en poderosas palancas del reajuste de la renta y la riqueza entre sectores, grupos sociales y países.

Estas tecnologías no solo sirven para la extracción de rentas, son también la manera que ha encontrado el capitalismo contemporáneo de apropiarse de espacios y vivencias, en principio, relativamente ajenas al mercado. El modelo de negocio de las principales empresas de internet (Google o Facebook, pongamos por caso) está orientado a captar información de los usuarios. Cuando un internauta realiza una búsqueda, visita una web o comparte un pensamiento, sentimiento o imagen en una red social, las herramientas informáticas integran esos datos con el propósito de configurar perfiles de usuario que se actualizan y amplían incesantemente.

Mercantilización y nuevos cercamientos

Pero no basta con extraer datos personales para reconocer perfiles de potenciales consumidores; se busca dar un paso más: influir decisivamente en los comportamientos. No es suficiente con identificar preferencias, resulta más provechoso moldearlas si se dispone de la capacidad para hacerlo. Las técnicas del *big data* y de la inteligencia artificial logran sacar sentido a la desbordante información que circula por la red. La minería de datos y las técnicas de análisis unidas a la potencia de cálculo que brindan los superordenadores, a los sis-

³ F. Schirrmacher, *Ego. Las trampas del juego capitalista*, Ariel, Barcelona, 2014.

temas algorítmicos y a las plataformas automatizadas transforman los datos en información útil, y esa recopilación de información permite deducir «los pensamientos, los sentimientos, las intenciones y los intereses de los individuos y de los grupos mediante una arquitectura de extracción automatizada que funciona como un espejo sin azogue, haciendo caso omiso de la conciencia y del consentimiento de los concernidos (...) Pero sobre todo el espejo desprovisto de azogue simboliza las relaciones sociales de vigilancia específicas basadas en una formidable asimetría de saber y poder».⁴ El capitalismo digital es básicamente capitalismo de vigilancia comercial con capacidad de trasladar las fronteras mercantiles hasta los ámbitos más íntimos e insospechados.

En este sentido, la era digital es un capítulo más de la historia del capitalismo, no un episodio al margen de él. El capitalismo a lo largo de su historia ha logrado captar innumerables aspectos de la realidad ajenos a la esfera comercial para convertirlos en mercancías. Los cercamientos de los bienes comunes o la creación de "mercancías ficticias" son buenos ejemplos de ello.

Empecemos por estas últimas, dejando los comentarios sobre los procesos de cercamiento del procomún digital para el final del apartado. Polanyi describió bien los procesos de mercantilización de la tierra, el dinero y el trabajo.⁵ Calificó a estas tres mercancías de "ficticias" porque, a diferencia del resto, no pueden ser producidas mediante otras mercancías ni tienen como destino el mercado: el trabajo asalariado no es más que una porción de la vida de los propios seres humanos; la tierra es naturaleza que el mercado cosifica como factor productivo en forma de propiedad territorial; y el dinero no es más que un signo social del poder adquisitivo. Según Zuboff, el capitalismo contemporáneo ha creado una cuarta mercancía ficticia de la mano de las tecnologías digitales:

Los actuales poseedores del capital de vigilancia han creado una cuarta mercancía ficticia, fruto de la expropiación de las experiencias humanas reales cuyos cuerpos, pensamientos y sentimientos son tan vírgenes e inocentes como lo eran las praderas y bosques de los que rebosaba la naturaleza antes de que el mercado los absorbiera. Siguiendo esta lógica, la experiencia humana se encuentra mercantilizada por el capitalismo de vigilancia para renacer en forma de "comportamientos". Estos, traducidos a datos, se colocan en la interminable cola que alimenta la máquina ideada para, a partir de ellos, realizar predicciones que se compran y se venden.⁶

La pretensión de mercantilizar cualquier experiencia humana se ve acompañada del cercamiento del procomún digital. Internet y otros muchos bienes digitales no son bienes de

⁴ S. Zuboff, «Un capitalismo de vigilancia», *Le Monde Diplomatique en español*, enero 2019, p. 23.

⁵ K. Polanyi, *La gran transformación*, La Piqueta, Madrid, 1989.

⁶ S. Zuboff, *op. cit.*, p. 22.

consumo rival. Al contrario, adquieren más valor y utilidad cuando mayor es el número de personas que acceden a ellos. Pensemos en el buscador de Google: si se hubiera restringido el acceso a este motor de búsqueda mediante un servicio de pago a los usuarios nos encontraríamos con otra cosa diferente a lo que hoy tenemos, pues el sistema de búsqueda mejora la velocidad y la relevancia de sus resultados con cada nueva consulta. Lo mismo podemos decir de una red social: las más valiosas son las que más miembros tienen. Sin embargo, que un bien pueda presentar la falta de rivalidad como un rasgo de su consumo no excluye, como hemos visto con tantos bienes comunes y públicos, que finalmente pueda ser privatizado. Así ha ocurrido con internet. Lo que pudo ser un espacio público virtual regido con las normas que emanan de la comunidad que administra ese recurso común ha devenido en poco tiempo en un ámbito expropiado por corporaciones tecnológicas que lo explotan en régimen de monopolio con el único criterio del ánimo de lucro privado.

Reconfiguración del poder mundial y regreso de la geopolítica

Detrás de estas nuevas formas de extracción, apropiación, mercantilización y cercamiento se esconde una encarnizada lucha por el poder. En el capitalismo de la era digital quien controla los datos lo controla todo. Los gigantes tecnológicos no solo ocupan una posición dominante en la captación y tratamiento de los datos, sino que además deciden qué información debe ser visible. A través de algoritmos opacos, Google o Facebook logran que la “realidad” sea aquella “porción de realidad” a la que han decidido otorgar visibilidad. Las empresas que poseen las tecnologías que permiten captar y analizar de forma sistemática los datos se convierten en empresas ganadoras con tendencia a hacerse con todo el mercado (*winner-takes-all-markets*).

Si resulta relevante saber que la economía actual está movida por las finanzas y las tecnológicas, no lo es menos conocer dónde reside ese poder. Los principales bancos y fondos de inversión están en Wall Street, mientras que las principales tecnológicas radican en Silicon Valley. EEUU sigue siendo el centro del poder financiero y tecnológico mundial, pero en los últimos años le han salido importantes competidores. Se perfilan dos grandes grupos a escala mundial, que dominan sus propios mercados domésticos y libran una enfurecida batalla en los mercados de los países emergentes: por un lado se encuentran las grandes corporaciones tecnológicas norteamericanas (Amazon, Facebook, Apple, Microsoft y Alphabet) y, frente a ellas, las tecnológicas chinas (Alibaba, Baidu, Huawei o Tencent).

De esta manera, y contra los pronósticos que auguraban que gracias a las nuevas tecnologías iba a resultar cada vez más irrelevante el lugar donde se localizara una empresa a

la hora de acceder a los mercados globales, vemos cómo la transformación tecnológica lo que está provocando en realidad es una segregación espacial sin precedentes: en el plano nacional, se produce una fractura en la cohesión interna entre los espacios/distritos/*clusters* innovadores y el resto del territorio; en el internacional, se aviva una competencia desaforada, particularmente entre EEUU y China, países que lideran la carrera de la innovación, preñada de guerras comerciales, ayudas encubiertas, espionaje empresarial y tensiones geoeconómicas.⁷

El territorio y la geografía, lejos de perder relevancia, adquieren una centralidad inusitada en el capitalismo digital. No hay desterritorialización ni inmaterialidad alguna en la economía política de los datos. El mundo digital requiere una infraestructura de cables, servidores, antenas y soportes de todo tipo que muestran que ningún *software* funciona sin *hardware*. Su funcionamiento se alimenta con un gasto de energía cada vez mayor. El sector de las tecnologías de la información es uno de los que más devastación está provocando en el medioambiente, convirtiéndose en una fuente inagotable de conflictos ecosociales. La población que sufre en mayor medida este deterioro ecológico y social es la más pobre a escala global. La fabricación de los diferentes componentes y soportes tecnológicos ha propiciado un extractivismo minero fuertemente cruento, sobre todo en África, en el mismo lugar en que Conrad se inspiró al escribir el *Corazón de las tinieblas*. Detrás de la fabricación de los "teléfonos inteligentes" se han montado extensas redes de trabajo en régimen de semiesclavitud y los residuos que generan los dispositivos se acumulan en vertederos tóxicos donde familias pobres tratan de sobrevivir reaprovechando lo que deshecha el despilfarrero del consumismo tecnológico.⁸

Demasiada desigualdad, explotación, mercantilización y alienación, concentración del poder y devastación social y ecológica asociada a la economía digital como para pensar que su desarrollo nos ha acercado mínimamente a un horizonte poscapitalista. No son las tecnologías las que determinan la evolución del orden social, sino al revés. El capitalismo digital ofrece más de lo mismo, cuando no peor.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

⁷ El episodio más reciente ha sido el conflicto diplomático que ha provocado la detención el 1 de diciembre del 2018 de la hija del fundador de la empresa china Huawei en el aeropuerto de Vancouver. Esta empresa lidera –junto a las europeas Ericsson y Nokia y la japonesa NEC– la carrera tecnológica por el desarrollo de la tecnología 5G que permite el despliegue del "Internet de las cosas". La Administración norteamericana se encuentra preocupada porque va perdiendo la carrera por esta tecnología y porque Huawei desbancó a Apple de la segunda posición en la venta de teléfonos inteligentes del mundo, solo por detrás de la surcoreana Samsung. Reveladora la crónica de J. Pérez Colomé y C. Torralba para *EL PAÍS* el 27 diciembre de 2018 que se puede consultar en: https://elpais.com/internacional/2018/12/14/actualidad/1544807531_011348.html

⁸ Según el informe *Global E-waste Monitor 2017* de la Universidad de las Naciones Unidas (UNU), la Oficina de Desarrollo de las Telecomunicaciones (UIT) y la Asociación Internacional de Residuos Sólidos (ISWA), solo en el año 2016 se generaron en el mundo 45 millones de toneladas métricas de basura electrónica, cuya mayor parte –casi un 80%– termina en paradero desconocido, alimentando los vertederos incontrolados situados particularmente en ciudades africanas.